

la Inmaculada Concepcion en el concilio de Basilea. En el fondo la opinion de San Bernardo no parecia contraria al sentir comun de los teólogos sobre esta materia; porque los mas versados en la inteligencia de este padre pretenden con mucha razon que negando que María fuese concebida sin pecado, toma él término de la concepcion por el primer instante en que su cuerpo fue concebido, y no por el momento de la union de su alma con el cuerpo (1).

47. Todos los órdenes de fieles tenian á mucha dicha el seguir las luces del ilustre abad de Claraval. Los monges de San Pedro de Vallee le consultaron sobre la regla de San Benito, y él les dirigió inmediatamente por respuesta su tratado del precepto y de la disciplina, en que se hallan las reglas de la dispensa examinadas con toda la exactitud conveniente (2). Despues fue consultado sobre algunas opiniones particulares por Hugo, prior de San Víctor en París, teólogo famoso, llamado la lengua de San Agustin por su habilidad en penetrar la doctrina, y en imitar el estilo de este padre. Las preguntas de Hugo versaban principalmente sobre la materia de los sacramentos; no obstante que él la habia profundizado con mucho fruto, y sobre la cual nos ha dejado una obra que es la mas celebrada de todas las suyas. La respuesta de Bernardo fue tambien una obra considerable (3). Sus soluciones racionadas y probadas llenaron todas las esperanzas de Hugo, que por su parte nos enseña que cuando se administraba el

(1) *Mabill. in not. ad epist. 174.* (2) *Opusc. 12.* (3) *Id. 10.*

bautismo á los niños se les daba tambien la Eucaristia, esto es, la especie de vino, haciéndosela chupar con la punta del dedo.

48. Entretanto para probar mas y mas la virtud de San Bernardo, permitió el Señor que sufriese del Papa Inocencio un desvío que no tenia motivo de esperar; pero los grandes no quieren sufrir contradicciones, especialmente de aquellos que les han hecho servicios memorables; título nuevo con que se cree la grandeza para exigir una condescendencia mas ciega todavía. Con motivo de algunas censuras dirigidas á Francia por la Silla apostólica relativamente á los bienes de un cardenal, de que Bernardo era egecutor testamentario, no habia creído éste deberse conformar con todas las miras del Papa Inocencio; y desde este momento empezó á ver el Pontífice con algun disgusto la consideracion y crédito que el abad gozaba en toda la Iglesia. „¿Qué necesidad hay, decia el Papa, de que todo se haga en el mundo cristiano por el órgano de un abad? ¿Los Príncipes, los obispos, los Papas no pueden hacer nada sin Bernardo? ¿Nada es perfecto si él no lo ha dirigido? Parece que el que está encargado del gobierno de toda la Iglesia no tiene otra cosa que hacer que recibir las recomendaciones, y responder á las cartas de un monge. ¿Por qué no goza de la calma profunda por que tanto suspiraba?”

Bernardo que supo con el mayor sentimiento estos discursos del Papa, pudiera haber citado el tiempo en que le sacaba de su soledad para afirmar su

poder, y en que se fastidiaba de sus homenajes estériles; pero lejos de desahogarse en murmuraciones, no se quejó sino al mismo Papa, echándose casi toda la culpa. „Acaso he abusado, le escribió, de vuestra indulgencia, y presumido demasiado de mí, olvidando quien sois vos y quien soy yo; pero convendreis en que vuestra bondad me habia inspirado aquella confianza. El que ahora no mirais, era el único que fijaba entonces toda vuestra atención: escuchabais sus súplicas, recibiais con ansia cuanto os escribia, lo leiais con gusto, y respondiais con el mas tierno afecto. Sin duda os he cansado con los testimonios demasiado repetidos de mi confianza, pero yo cuidaré de corregirme.” En efecto, esta fue la última carta que el santo escribió al Papa Inocencio, el cual á poco tiempo murió en 24 de Setiembre de 1143 á los catorce años de su pontificado.

49. Dos dias despues fue elegido el cardenal de San Marcos, á quien llamaron Celestino II. Esta eleccion fue la mas pacífica que se habia visto en mucho tiempo; pero el nuevo Papa murió en 9 de Marzo de 1144. En 12 del mismo mes Lucio II, llamado antes Gerardo, cardenal de Santa Cruz, fue elegido y coronado en el mismo momento, y su pontificado que no duró mas que un año fue muy borrascoso. Los romanos que en los últimos dias de Inocencio II habian concebido el proyecto imaginario de resucitar la república, animados en el gobierno de Lucio por las declamaciones sediciosas de Ar-

naldo de Brescia, se propasaron á los mayores excesos. Queriendo este Pontífice oponerse á sus empresas, recibió una pedrada de que murió en 25 de Febrero de 1145. En este corto pontificado fue en el que se desvaneció por fin la obstinada y frívola pretension de los obispos de Dol á la dignidad metropolitana. El Papa Lucio, á egemplo de Urbano II y de otros muchos de sus predecesores, estableció definitivamente que el obispo de Dol y todos los demás obispos de Bretaña reconociesen por su metropolitano al arzobispo de Tours. Los repetidos mandatos, unos sobre otros, domaron, á lo menos por algun tiempo, la obstinacion bretona, y fueron seguidos de la egecucion.

La santa Silla despues de la muerte violenta de Lucio no estuvo vacante mas que un dia entero, porque el 27 del mismo mes los cardenales reunidos en la iglesia de San Cesareo, eligieron bajo el nombre de Eugenio III á Bernardo natural de Pisa, simple abad del monasterio de San Atanasio de Roma, que Inocencio II habia dado al orden de Cistér. Formado en Claraval bajo la disciplina de San Bernardo, y lleno del espíritu de su estado, vivia en el mas profundo olvido de las intrigas del siglo, cuando el voto unánime del sagrado colegio le sacó de su soledad, y le hizo subir á pesar de su resistencia al trono Pontificio. Como le fuesen á consagrar á San Pedro, fue avisado de que algunas tropas de sediciosos, idólatras de su fantástica república, se disponian á hacerle que confirmase el senado que ha-

bían ya restablecido: sin aguardar mas salió de Roma, y se retiró al monasterio de Farfo, donde fue consagrado en 4 de Marzo.

50. Cuando San Bernardo supo la elevacion de su discípulo á una dignidad tan eminente y peligrosa, escribió á los prelados romanos en estos términos llenos de sobresalto (1): „¡Dios os perdone el haber sacado á un muerto del sepulcro, y vuelto á sumergir en el tumulto de los negocios á un hombre que no hallaba felicidad sino en el retiro! Además, ¿en qué habeis pensado para echaros repentinamente sobre un solitario agreste, hacerle soltar de las manos la hazada y el hacha, y llevarle por fuerza atónito y palpitando de susto al palacio? ¿No os parece tan extraño como á mí haber ido á escoger á un monge vestido de andrajos para vestirle con la púrpura, y ponerle á la frente de los Príncipes y de los obispos? ¿Ha sido esto una estravagancia, ó una maravilla? Creemos que sea una maravilla, cuando por todas partes me dicen que es obra del Señor. ¿Y deberé por eso temer menos? ¿Es menos digno de lástima el que es arrancado repentinamente de las dulzuras de la soledad y de la contemplacion, como un niño del pecho de su madre, para arrastrarle como una víctima á funciones tan nuevas y formidables? ¿No habia entre vosotros alguno, sobre cuya prudencia y esperiencia se pudiese contar con mayor seguridad?”

Escribió tambien el santo abad, aunque no tan

(1) *Epist.* 237.

pronto, al nuevo Papa (1). „Mi hijo Bernardo, le dice, por una mudanza desconocida á la naturaleza, ha venido á ser mi padre Eugenio. Es necesario que esta metamórfosis pase tambien á la Iglesia vuestra esposa, para que prospere cada vez mas, y que á este fin deis vuestra misma vida si tuviese necesidad de ella. Confieso que me he estremecido de júbilo al oír esta noticia; ¿y podria yo dejar de tomar parte en la comun alegría? Sí, me he regocijado; pero con temor: los arrebatos mismos de mi alegría han sido acompañados de temor y espanto. Estais sin duda elevado; pero por lo mismo espuesto á mayor caída. La Iglesia tiene no obstante motivo de complacerse, pues tiene derecho á esperar de vos mas que de ninguno de cuantos os han precedido por largo tiempo. Ya habiais aprendido á no ser vuestro; y así puede prometerse que sereis todo suyo, y que os creereis llamado á servir y no á ser servido. Considerad para esto cuantos Pontífices habeis visto pasar delante de vos en muy pocos años: la brevedad de su vida os anuncia la fragilidad de la vuestra. Pensad, pues, cuando les sucedeis, que lo que os lisongea, se os va, y que vuestro poder como el suyo, debe ir rápidamente ó por lo menos indudablemente á estrellarse contra el sepulcro.”

Eugenio se aprovechó de estas advertencias, y gobernó con mucha equidad y sabiduría la Iglesia, durante un pontificado de cerca de ocho años y medio,

(1) *Epist.* 238.

casi siempre agitado por facciones y turbulencias. Este solitario levantado de repente al trono Pontificio, fue inaccesible al deslumbramiento y ofuscación que rodean la cima de las grandezas. A ella había llevado la modestia y el humor tranquilo de su estado primero, y en la misma adquirió habilidad y grandeza de alma, y así se manifestó tan distante de la debilidad como de la aspereza, y de todos los demás extremos en que dan comunmente los hombres que pasan sin intervalo al punto en que él se hallaba. Con respecto á su maestro, le conservó tanto afecto y le dió tanta parte en su confianza, que se decia por todas partes que no era Bernardo de Pisa sino Bernardo de Claraval el que había sido hecho Papa.

51. Las turbulencias de Roma obligaron á Eugenio á hacer por algun tiempo su mansion en Viterbo, en donde recibió diputados de los obispos de Armenia y de su católico ó patriarca, que tenia, segun dijeron, mas de mil obispos bajo su jurisdiccion; venian á consultar á la santa Silla sobre algunas diferencias que tenian con los griegos, é hicieron homenaje al Sumo Pontífice en nombre de todas sus iglesias. Lo que sirvió mucho á confirmarlos en sus buenas disposiciones, fue que en la misa que celebró el Papa en su presencia el dia de la dedicacion de San Pedro, uno de aquellos diputados, segun declaró delante de toda la corte romana, vió un rayo de luz celestial y dos palomas sobre la cabeza del Sumo Pontífice. Tal es el testimonio de Oton,

obispo de Frisinga, que se hallaba presente (1).

52. El obispo de Gábaló en Siria acompañaba á estos armenios. Él era el que mas esfuerzos había hecho para someter la iglesia de Antioquía á la santa Silla, y se interesaba eficazmente en los progresos de los católicos entre los orientales. El objeto principal de su viage era solicitar socorros para los cruzados consternados con la pérdida de Edesa. A fin de animar á los occidentales, celebró mucho el poder de un Príncipe cristiano, aunque nestoriano, llamado el Preste-Juan, que vivia al otro lado de la Persia, á la cual había ganado grandes victorias, y se disponia á socorrer la iglesia de Jerusalem. Este es el primer monumento en que se hace mencion del Príncipe llamado el Preste-Juan.

53. El obispo de Gábaló hizo con lágrimas en los ojos una pintura tierna de la desgracia de los cristianos de Edesa. Sitiada esta ciudad dos años enteros por Zengui, soldan de Alepo y de Ninive, sin recibir ningun socorro, se había rendido por fin el dia de Navidad de 1144, habiéndose hecho una espantosa mortandad de habitantes, que no habiendo estado jamás bajo la dominacion de los infieles, eran todos cristianos sin escepcion. Pereció tambien el arzobispo, y las iglesias sufrieron horribles profanaciones, particularmente la que había poseído hasta entonces las reliquias de Santo Tomás.

Los turcos con esta conquista se creyeron en estado de poder echar á los cristianos de todo el oriente.

(1) *Chron. part. 8. cap. 33.*

te. Zengui murió poco despues de su triunfo; pero su hijo Noradino que le sucedió, era tan valiente como su padre, y mucho mas hábil, y difícilmente podian los fieles oponerles iguales gefes. Joselino el jóven, despojado del condado de Edesa, se habia atraído su desgracia por el regalo y disoluciones continuas en que vivia en sus casas de placer á las orillas del Eufrates. Raimundo, Príncipe de Antioquía, habia sido humillado por los griegos hasta el punto de pedir suplicando la paz, y de no avergonzarse de ir á Constantinopla á rendir homenaje sobre el sepulcro de Juan Comneno. En Jerusalem, Fulco de Anjou, yerno y sucesor del Rey Balduino II, despues de haber tenido continuamente las armas en la mano contra los bárbaros, habia muerto de una caída del caballo, y no habia dejado mas que dos hijos de poca edad. La Reina Melissenda su madre, habia hecho coronar á Balduino que era el mayor, aunque no tenia mas de doce años; y dos despues de esta época fue cuando Edesa cayó en poder de los musulmanes, y toda la Palestina fue amenazada de la misma suerte; esto es, cuando tenia por Rey y casi único recurso un Príncipe de catorce años.

54. Lo grande de este peligro llenó de sobresalto á todos los fieles hasta las estremidades del occidente, y despertó por todas partes aquel celo fervoroso que se habia visto cincuenta años antes en el concilio de Clermont, donde se acordó la primera cruzada. El Rey Luis el jóven, movido por otra parte de un afecto de penitencia por haber hecho abrasar mil

y quinientas personas en una iglesia de Vitri durante las guerras con el conde de Champaña, formó el designio de tomar la cruz. Todo el mundo aplaudió los deseos del Monarca, y la guerra santa iba á quedar resuelta cuando San Bernardo, á quien él habia llamado, dijo, que era preciso antes consultar al Sumo Pontífice. El Rey envió inmediatamente embajadores al Papa Eugenio, el cual muy enternecido por su parte por las sollicitaciones del obispo de Gábaló, se alegró infinito de que el Rey Luis se hubiese anticipado á sus deseos, y concedió para aquella segunda cruzada las mismas indulgencias que Urbano habia concedido para la primera.

55. Ocupado enteramente en esta grande empresa, concibió el Papa al mismo tiempo el designio de extinguir las facciones de Roma. Empezó escomulgando á Jordan nuevo patricio, con sus principales partidarios: despues acudió á los tiburtinos, antiguos enemigos de los romanos, y bien pronto redujo á estos á pedirle la paz. Concediosela con gusto; pero con la condicion de abolir el patriciado, y de reconocer que los senadores no tenian su autoridad sino del Papa. Despues de este tratado volvió á entrar en Roma en medio de las aclamaciones de aquel pueblo vil, cuya fogosa audacia, único resto de su antiguo valor, se convertia al primer golpe de autoridad en una miserable adulacion. Demasiado prudente para dar su confianza á tan bajas almas, Eugenio despues de haber tomado posesion del palacio de Letran, fue á establecerse al otro lado del Tiber, probablemente

en el castillo de Sant-Angelo; y allí fue donde dió fin al negocio entablado desde el pontificado de Urbano II, relativo al establecimiento del obispado de Tournay, que una larga continuacion de intrigas habia dejado siempre sin concluir. Eugenio muy desinteresado personalmente, y no menos atento á reprimir la codicia de sus ministros, encargó el exámen de este negocio á San Bernardo. Fundado en las cartas de este santo abad, y en el consentimiento de la iglesia de Tournay, nombró para obispo de ella al abad de San Vicente de Laon que se hallaba en Roma, y despues le consagró solemnemente en el cuarto domingo de cuaresma, que aquel año de 1146 era el 10 de Marzo. Así el obispado de Tournay fue separado del de Noyon, despues de haber estado unido desde el principio del episcopado de San Medardo, durante seiscientos años.

56. En la fiesta de Pascua, Luis el jóven tuvo para la cruzada un gran parlamento en Vecelai en Borgoña. San Bernardo, que habia tenido órden del Papa para asistir á él, predicó sobre este asunto con su ordinaria elocuencia: tambien habló el mismo Rey, y manifestó las letras pontificias en que se concedia la indulgencia. Se habian dispueso paquetes de cruces, pero antes que el orador hubiese acabado, todas fueron arrebatadas, y como no bastasen tuvo que hacer pedazos sus mismos vestidos para satisfacer á un ardor que no admitia ninguna dilacion. Con el Rey se cruzaron la Reina Leonor su esposa, Roberto, conde de Dreux, su hermano; los condes de To-

losa, de Champaña, de Soissons, de Nevers; y entre los prelados Gofredo de Langres, Simon de Noyon, y Arnulfo de Lisieux.

Para arreglar el viage se tuvo otro parlamento en Chartres el tercer domingo despues de Pascua; á él asistió tambien San Bernardo, y se le quiso elegir por gefe de la cruzada; pero el calor y fruto de su elocuencia no le habian comunicado nada del entusiasmo de Pedro el ermitaño, y así se limitó á la mision que era compatible con su estado, y que no le hizo menos respetable por aquella prudente reserva, que por los milagros con que el Señor quiso autorizarla. Suplicó al Papa por el reconocimiento que Eugenio se gloriaba de conservar, que no le obligase á hacer un papel poco diferente del de el teatro. „¿Quién soy yo, le dijo, para hacer de general de egército, ordenar en batalla las tropas, y marchar á su frente? Considerando mis fuerzas nunca hubiera podido llegar á este grado aunque yo hubiese seguido únicamente esta carrera; mas aun cuando tuviese para ello la fuerza y capacidad necesaria, ¿qué cosa mas distante de mi profesion? (1)“

Exhortó no obstante al Papa á seguir esta empresa con todo el celo posible, y al mismo tiempo, por una circular dirigida á todas las naciones cristianas, combatió fuertemente el fanatismo cruel del monge Rodulfo, que metiéndose á predicar la cruzada en el pais del Rhin, escitaba á matar los judíos como los mayores enemigos del Evangelio (2). El santo no

(1) *Epist.* 256. (2) *Id.* 322. alias 363.